

LE-ROY Y CASSA

Guillermo López

H. S. 1074.

Apuntes para la historia de la
obstetricia en Cuba

LEROY Y CASSA, J. E.

X104246

APUNTES PARA LA HISTORIA

DE LA OBSTETRICIA EN CUBA.

POR EL DR.

Jorge E. Le-Roy y Cassá

*Discurso pronunciado
en su solemne recepción de Académico de Número en la Academia de
Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*

y Discurso de contestación

por el Dr. Gustavo López.


PUBLICADO EN LA "REVISTA MEDICA CUBANA", NUMEROS 4 y 5 DE 1903.—TOMO II.


HABANA

—
Imprenta Ancha del Norte 219.^a

1903.

WELLCOME
LIBRARY
Pam (H)
<i>16-Roy / CABA</i>



333399

Apuntes para la historia de la Obstetricia en Cuba.

POR EL DOCTOR

Jorge E. Le-Roy y Cassá.

Siendo yo muy jóven, allá por los años de 1880, penetré por la vez primera en mi vida, en el sagrado recinto que sobre este mismo lugar, pero con apariencia mucho más humilde, ocupaba entónces esta sabia Corporación. En su sala de actos hallábase expuesto el cadáver del insigne cubano D. José Antonio Saco, y el lúgubre aspecto de la estancia; la suma de conocimientos y de esfuerzos que aquel cuerpo, ya materia nada más, representaba; los retratos colgados de las paredes; la presencia del venerable maestro Dr. Gutiérrez, Don Nicolás, como cariñosamente le llamábamos; y otra série de circunstancias que no son del caso relatar, produjeron en mi ánimo muy diversas impresiones. Pero una de ellas subsistió siempre con la misma energía y vigor con que surgió en mi alma, juvenil entonces: esta impresión fué un acto de verdadera ambición; pero ambición noble y desinteresada, la de llegar algún día á ser Académico.

Aquella ambición sirvióme de estímulo en mis estudios, y más tarde, en el curso de mi vida, ella me ha sostenido en los difíciles momentos en que, con motivo de la lucha por una azarosa existencia, me he visto colocado. Sin embargo, con el ejemplo constante de mi maestro el Dr. Gutiérrez; con mi asistencia á las sesiones dominicales de esta Academia, para aprender algo más de lo que en la Universidad podía; con el estudio y observación de los hombres que al concurrir á ellas referían no sólo sus propios trabajos, sino los realizados en el extranjero, sentía muchas veces desmayar mis fuerzas y no me juzgaba capáz de poder llegar nunca á ocupar un lugar entre vosotros. Pero como yo creo que el hombre es lo que se propone ser, en virtud de su libre albedrío, y no es un organismo destinado á no perfeccionar su función, apliqueme más y más al estudio, y procuré hacerme á mi mismo capáz de satisfacer la ambición un día despertada en mi mente.

Terminé mi carrera, marché á París y á mi vuelta ingresé en

el profesorado de la Universidad; entonces uno de mis maestros, Presidente á la sazón de esta Academia, quiso que ingresara en ella; pero no me encontraba todavía con fuerzas bastantes para desempeñar un cargo tan honroso, como el que la bondad de Vds, se ha servido más tarde concederme. Gracias, pues, á esta circunstancia, hoy se me proporciona la satisfacción de ver cumplidos mis ambiciosos deseos de adolescente, ocupando, al cabo de muchos años, un puesto entre vosotros.

Largo tiempo he dedicado á buscar un tema que me hiciese digno de ocupar este lugar, y muchos han sido los que he desechado, pues queriendo dar á mi trabajo un sello de originalidad, y siendo entre nosotros tan difícil la investigación y la experimentación, como todos vosotros sabeis, no he podido preparar ninguno que llenara mi objeto en ese sentido, así es que al fin me decidí á escribir estos APUNTES, que pueden servir para la historia de la Obstetricia en Cuba.

He elegido este tema por varias razones: primera, porque nada hay escrito sobre la materia, y siendo ella la parte de mi carrera á la que he dedicado especial atención, estaba yo mejor preparado para poderla tratar; segunda, porque siendo de creación relativamente reciente la enseñanza de la Obstetricia en Cuba, y habiendo sido testigo presencial de la mayor parte de sus vicisitudes en la Clínica, pues ésta se creó, ó mejor dicho, se inauguró en Diciembre de 1880 y yo ingresé en ella en Julio de 1883, recorriendo todas las etapas desde alumno á profesor, he podido seguir una por una sus distintas evoluciones; tercera, porque si bien sus primeros pasos fueron vacilantes, como se desprende del estudio de su historia, hoy podemos considerarnos satisfechos de que nuestros parteros saben cumplir con su deber en la mayoría de los casos; y digo esto, porque aún hay muchos atrevidos que se anuncian como especialistas en partos, y quizás no hayan visto otros casos que aquellos en que no han hecho otra cosa más que preparar material para los ginecólogos; y finalmente, porque, como dice muy bien el Sr. Bachiller y Morales en la introducción á su obra «APUNTES PARA LA HISTORIA DE LAS LETRAS Y DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN LA ISLA DE CUBA»: «La ingratitude es uno de los mayores vicios, y Cuba debe ser agradecida conservando los nombres de aquellos de quienes ha recibido «los beneficios de la enseñanza á que debe su estado actual», y así he querido sacar del olvido en que yacen los nombres de aquellos que nos han precedido en esta parte de nuestros conocimientos.

No es mi intención escribir la historia de la Obstetricia en Cuba, pues ésto, además de que ocuparía un tiempo de que no puedo

ahora disponer, ha de ser objeto de un trabajo que más adelante ofreceré á esta misma Academia, y para el cual vengo hace muchos meses acopiando materiales. No, mi objeto en este momento, limitase á dejar consignados simplemente unos *Apuntes* que sirvan de base á los que, como yo, han tenido necesidad de averiguar los hechos que se han sucedido en nuestra patria relativos á la especialidad, ahorrándoles muchas horas de ímprobo trabajo empleadas en registrar archivos, revolver papeles, compulsar datos esparcidos acá y allá, no sólo en los libros de historia que sobre Cuba se han escrito, sino en las biografías de sus hijos, en las publicaciones de la prensa profesional y periódica, en las bibliotecas públicas y de amigos particulares y en la colección de datos y antecedentes que éstos mismos me han proporcionado.

Los llamo *Apuntes de la Obstetricia* solamente, porque la Ginecología le ha estado tan íntimamente ligada hasta estos últimos tiempos, que imposible se hace hablar de la una sin referirse á la otra, y porque las enfermedades de los niños, aunque rama muy distinta, han estado comprendidas en la enseñanza de la Obstetricia hasta el año de 1887, en que se creó la cátedra de «Curso especial de las enfermedades de la infancia con su clínica.» Y no se culpe á Cuba de este atraso, pues no hace aún dos años que mi maestro el profesor Pozzi, de París, al inaugurar su cátedra de Ginecología en aquella Escuela (1) trazaba á grandes rasgos sus vicisitudes y se condolía de lo mismo de que ahora hablo, es decir, de la fusión de los estudios de los partos y de las enfermedades de las mujeres.

Ya que he tratado los móviles que me han impulsado á presentar este trabajo, que un deber reglamentario me exige, permitid que os dé las gracias más expresivas por haberme admitido en vuestro seno, y suplicaros que no toméis como vana pretensión las manifestaciones que anteceden. La consideración de vuestros méritos y el continuo estudio de vuestros trabajos serán los constantes motivos que me servirán para seguir por la senda, que desde ahora me propongo seguir, la cual no es otra que laborar para contribuir en algo al bien de esta Corporación, y más particularmente al de mi patria.

*
* *

Costumbres de los siboneyes.—Si remontamos nuestras investigaciones á la época de los siboneyes y analizamos las costumbres de sus mujeres, en lo que á nuestro objeto se refiere, nos encontramos con lo que dice el historiador Pezuela (2) describiendo el físico de

[1] Revista de Med. y Cir. Tomo VI, pág. 358.—Habana 25 Julio 1901.

[2] *Historia de la Isla de Cuba*. T. I. pág. 48.

los indios: «Las mujeres se cubrían desde la cintura á la rodilla, unas con un grosero tejido de algodón, otras con hojas de plátano sujetas por el talle»; lo que nos revela que era instintivo en ellas el sentimiento del pudor.

Higiene de los mismos.—También practicaban algunas reglas higiénicas, como parece desprenderse de la cita que hace el Dr. Antonio de Gordon en su *Medicina indígena de Cuba y su valor histórico* (1) al decir que «respetaban la menstruación para el coito y se absténían de la mujer parida para ayuntarse carnalmente; huyendo también de los matrimonios consanguíneos.»

Parto de las indias.—Hablando el P. Las Casas de las indias de la Española (Santo Domingo) dice: «Las mujeres destas islas, y mayormente desta, era cosa maravillosa con cuán poca dificultad y dolor parían, cuasi no hacían sentimiento alguno más que torcer un poco el rostro, y luego, que estuviesen trabajando y ocupadas en cualquier oficio, lanzaban el hijo ó hija, y luego lo tomaban y se iban y lavaban á la criatura, y á sí mismas en el río; después de lavadas daban leche á la criatura, y se tornaban al oficio y obra que hacían.» (2)

Aún cuando ésto pertenece á las indias de la Española, tiene su perfecta aplicación á las de Cuba, según afirma el mismo venerable obispo de Chiapas más adelante (3) al decir: «Declarada la gobernación y costumbres de las gentes sin número que aquesta isla Española habitaban, podríamos lo mismo afirmar de las de la isla de San Juan, y de la de Jamaica y de la de Cuba.»

Multiparidad.—Asimismo refiere el P. Las Casas la frecuencia de los partos gemelares, que se hacían con facilidad y prontitud, verdad confirmada por las observaciones de partos múltiples en las mujeres que después han poblado esta isla, y que, entre otros, nos han trasmitido Saco (4), Miguel Rodríguez Ferrer (5) y José Beato, Luis Montané, &, en esta misma Academia.

Médicos indios.—Sin embargo, no siempre sucedían las cosas con esa prontitud y facilidad, pues el Sr. Bachiller y Morales en su *Cuba Primitiva* nos habla de las piedras usadas por los *bohiques* (médicos);

[1] Página 36.

[2] *Historia de las Indias.* T. V. pág. 499.

[3] Loc. cit. pág. 509.

[4] *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba.* T. I. pág. 371.

[5] *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba.* T. I. pág. 437.

con las que los *semíes* (dioses) enfermaban á los hombres, y que, extraídas por aquellos del cuerpo de sus enfermos, poseían, según ellos, milagrosas virtudes.

En el dominio de las enfermedades de las mujeres tampoco estaban desprovistos de remedios, pues usaban del betún (nafta) para curar ciertas dolencias del útero y colocarlo en su lugar; del tabaco y del sasafrás para combatir los dolores dismenorréicos y otras afecciones de la matriz; de la cebadilla para expulsar la placenta retenida en la cavidad uterina y el feto muerto *in útero*, así como también de la xutola, planta dedicada á las parturientas.

Partos de las cubanas.—Si avanzamos muchos años más en el transcurso de los tiempos, no encontramos datos relativos á la materia hasta los comienzos del siglo pasado, y esto se comprenderá fácilmente si se atiende á que los partos son generalmente fisiológicos y á que por el pudor natural de nuestras mujeres, trasmitido desde las indias primitivas, preferían ponerse en manos de una persona de su mismo sexo, antes que exponerse á las miradas de personas del contrario aunque éstas estuviesen revestidas del carácter de médicos. Por regla general era la madre, ú otra mujer, que yá hubiese pasado por aquél trance, quien asistía á la parturienta; y de ahí nacieron indudablemente las comadres, que, como más tarde veremos, fueron las primeras que oficialmente se dedicaron al arte; las que al establecerse el Real Tribunal del Protomedicato fueron reglamentadas, no solamente en sus deberes sino también en sus honorarios, y de cuya ignorancia y envilecimiento hablan los documentos que en el expediente relativo á la creación de la Academia de Parteras del Hospital de Paula, se hallan en el archivo de la Sociedad Económica.

Sin embargo, allá por el año de 1815, en un *Diario de Gobierno de la Habana* correspondiente á los primeros días del mes de Octubre, se lee el anuncio de un cirujano dentista establecido en esta ciudad, en el cual se consigna que no sólo tiene de venta materiales referentes á su profesión, sino que «también tiene de venta algunas cajas de instrumentos de cirugía, algalias de plata y FORCEPS PARA PARTEROS, &» lo que por lo menos demuestra que eran conocidos dichos instrumentos, así como sus usos. (1)

1ª obra de partos.—En el año de 1824 el Dr. D. Domingo Rosain, médico, cirujano y comadrón, fiscal de parteras, etc., del Real Tribunal del Protomedicato, escribió una obrita de 44 páginas que

(1) Este dato lo debemos al Sr. J. Augusto Escoto, de Matanzas.

ostentaba una lámina con dos figuras, el primer libro de esta clase publicado en Cuba, titulado «EXAMEN Y CARTILLA DE PARTERAS», dedicado á éstas, como su nombre lo indica.

Alonso Fernández.—En el siguiente año de 1825 el Dr. D. Francisco Alonso y Fernández, catedrático del Real Hospital de San Ambrosio, en esta ciudad, presentó las conclusiones de los exámenes públicos de Obstetricia ó Arte de Partear que se celebraron los días 21 y 22 de Octubre del mismo año, en el Museo de Anatomía del referido hospital y en las que los estudiantes dedicaban el cortofruto de su aplicación «á las angustiadas matronas de la Habana, «y á sus queridos hijos espuestos á perder su existencia en el duro «trance del parto.»

Sus exámenes.—En dichas conclusiones se exponían bajo la forma de un verdadero programa: 4 cuestiones de Anatomía, 18 de Fisiología, 27 de Patología y 35 de Terapéutica, comprendiendo en ellas lo relativo, no solo á la madre, sino también lo concerniente al, ó á los fetos, y á las enfermedades infantiles; en las de Terapéutica se trataba de las operaciones, tanto manuales como instrumentales, comprendiendo entre ambas, la version y el forceps, la palanca, la ballena de Esparragosa, los ganchos, lazos, &, así como también la cefalotomía y la embriulcia, la sinfisiotomía y la gastrohisterotomía ú operación cesárea, por donde se vé el grado de cultura del profesor que enseñaba á sus alumnos tales cosas en esa época.

Sociedad Patriótica.—Aquella clase estaba patrocinada por la Real Sociedad Patriótica, más tarde Económica, la cual siempre que se ha tratado del bienestar intelectual y material de Cuba ha sido la primera en romper la marcha desde que en 1793 la creó aquel hombre de inolvidable memoria para los cubanos, D. Luis de las Casas, gobernador y capitán general de la Isla en la época venturosa que señaló el despertar de este pueblo á la vida de la ilustración y de la cultura.

En la junta celebrada por dicho patriótico cuerpo el 14 de Diciembre de 1825 se informó á la Sociedad del «brillante estado en «que encontraron aquel establecimiento, (el Hospital de San Ambrosio) del buen método y celo de su catedrático (el Sr. Alonso y «Fernández) y de la aplicación y aprovechamiento de sus discípulos; «circunstancias que recomiendan tanto al uno como á los otros, y «que lo hacen acreedor á la gratitud y consideración del Cuerpo «Patriótico.» (1)

(1) Libro 7º de Acuerdos de la Sociedad--folio 183.

Academia de parteras de Rosain, en Paula.—Del seno de la misma Sociedad Patriótica nació la Academia de Parteras el 12 de Julio de 1827. Como quiera que en la obra del Sr. Bachiller y Morales, (1) en la del Dr. Rafael Cowley (2) y en las Memorias de la Universidad, se afirma erróneamente que aquella fué establecida por el Dr. D. Domingo Rosain, en el Hospital de Paula el año de 1831; y en la de Rosain (3) se hallan datos diversos sobre la creación de esta Academia de Parteras, que no concuerdan ni con los datos de las primeras obras citadas, ni consigo mismos, pues este último autor comete muchas inexactitudes en cuanto á fechas, he emprendido una serie de penosas investigaciones que por fin me han conducido á la verdad, demostrándonos el porqué de la equivocación de los primeros.

He buscado en las actas y en los manuscritos originales de la Real Sociedad Patriótica el fundamento de las citas de Rosain y he encontrado en el Libro 7º de acuerdos de la Sociedad, correspondiente á los años de 1824 á 1830 y en el expediente sobre la creación de la Academia de Parteras lo siguiente, que viene á demostrar con datos positivos el error en que incurrieron Bachiller, Cowley y la Universidad, representada esta última por el Secretario que redactó su *Memoria acerca del estado de la enseñanza, desde su fundación hasta 1864*, y que fué publicada en Enero de 1865.

En la sesión del 12 de Julio de 1827, presidida por el general Francisco Dionisio Vives y con la asistencia de los Sres. José María Calvo, director; Nicolás de Cárdenas, censor; Joaquín Santos Suárez, secretario; Angel José Cowley, contador; Antonio Viera, tesorero; Lucas Ugarte, Domingo Rosain, Domingo Aristizabal y Esteban Navea y firmada por los Sres. José M^a Calvo y Joaquín Santos Suárez se lee entre otras cosas lo que á la letra copio:

Acta de la S. P. sobre la A. de Parteras.—Vista una instancia del «amigo Rosain en la que al presentar á la Junta seis ejemplares de «la cartilla ó examen de parteras que ha escrito de orden del Real «Protomedicato é impreso con la aprobación del E. Sr. Gobernador «Capitán general, hace presente que viendo con dolor que á pesar de «su trabajo no se habían llenado las miras benéficas que tuvo al «proponerlo aquel Tribunal porque á falta de maestros instruidos, «las parteras no llegaban á penetrarse de los principios espuestos en

(1) *Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública en la Isla de Cuba.*

(2) *Breves noticias sobre la enseñanza de la medicina en la Real y Pontificia Universidad, etc.*

(3) *Necrópolis de la Habana.*

«su opúsculo y adquirir aquellos conocimientos que hacen de este «ejercicio un arte consolador; y deseoso de llevar al cabo esta em- «presa, tanto por un sentimiento de humanidad, como por hacer «honor á la ilustración del país, defraudada en esta parte de los «conocimientos humanos y casi en la oscuridad; ha determinado «abrir gratuitamente una academia del arte bajo la protección de «este Cuerpo, en que explique su teoría, sirviendo de testo á sus «lecciones la misma cartilla que ha compuesto siendo de su cargo «proporcionarse una pelvis artificial, algunas láminas necesarias y «otros objetos que conduzcan á la enseñanza; concluyendo por ma- «nifestar que espera de la ilustración de este Cuerpo, que acogerá «benignamente un pensamiento que le sugiere su amor al país dán- «dole desde luego toda su protección y oficiando al Excmo. é Ilmo. «Sr. Obispo para que se digne destinar á los ejercicios de la acade- «mia una de las salas del hospital de Paula que por su propio des- «tino considera el más á propósito para el efecto. La Sociedad muy «convencida de la utilidad y ventajas de este proyecto que también «había merecido la aprobación del Real Protomedicato según lo «acredita el documento acompañado á aquella instancia acordó im- «partirle su protección dando las gracias al amigo Rosain recomen- «dándolo muy especialmente al Excmo. Sr. D. Francisco de Arango «y oficiando al mismo tiempo al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo por si «se digna facilitar con el objeto indicado la sala del hospital de «Paula que se pide como la más. apropiada para este fin, ocupán- «dose desde luego de su instalación por creer que no ofrece la menor «dificultad. (1)

Pero aún hay más, en la Junta ordinaria celebrada el 9 de Agosto del mismo año 1827 (2) «Se leyeron dos oficios del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo diocesano y del Excmo. Sr. D. Francisco de «Arango en contestación de los que el Sr. Director (D. Rafael O'Farrill y Arredondo) les había pasado en virtud del acuerdo an- «terior y relativos al proyecto, que el amigo Rosain le había pre- «sentado sobre establecer en el hospital de Paula, si S. E. I. tenía «á bien asignarle allí una sala para el efecto, una escuela de par- «teras, que se prometía dirigir; y habiendo accedido S. E. I. (el «obispo Espada) á la solicitud indicada, y siendo el proyecto apro- «bado por el Excmo. Sr. D. Francisco de Arango; para proceder al «establecimiento y apertura de la escuela, acordó la Sociedad que el «amigo Rosain presente un presupuesto de gastos y erogaciones que

(1) Libro 7º de Acuerdos de la Sociedad; folios 255 y 256.

(2) Loc. Cit. folio 259.

«considere necesarios para preparar y adornar la sala á fin de comenzar sus tareas poniéndose de acuerdo en todo lo relativo á su «apertura con el Sr. Director á quien se encarga de los pasos oportunos á fin de que se verifiquen con la solemnidad y decoro correspondiente.»

En la Junta del 18 de Septiembre del mismo año (1) se trató de que el amigo D. Nicolás Gutiérrez facilitaba las láminas del atlas de Maygrier, que acababa de recibir de París, para que el amigo D. Juan Bta. Vermay, director de la Escuela de Pintura, las copiase con objeto de que sirviesen para adornar las paredes de la sala y al propio tiempo para la enseñanza, dándole en oficio con fecha 20 del mismo mes y año, las gracias al amigo D. Tomás A. Cervantes por los pasos que había dado para adornar según conviene el salón que ha de servir para la Escuela de Parteras.

Con fecha 18 de Octubre de 1827. acompañó el Dr. Rosain el Reglamento que había de servir para la mencionada escuela, fechado el 27 de Septiembre y publicado en el *Diario de la Habana* el jueves 31 de Enero del siguiente año de 1828 (2). Por su valor histórico lo reproducimos en la nota adjunta.

El 7 de Junio de 1828 tuvo lugar la inauguración de la Academia de Parteras en el Hospital de San Francisco de Paula, la que, bajo el patronato de la Real Sociedad Patriótica y apoyada por el inolvidable Obispo D. José Díez de Espada y Landa, siguió funcionando con más ó menos éxito hasta el año de 1833, en que desapa-

(1) Loc. Cit. folio 268.

(2) *Reglamento para las clases de parteras, establecida en el Hospital de San Francisco de Paula, bajo los auspicios de la Real Sociedad Patriótica, y dirigida por el doctor D. Domingo Rosain.*

Artículo 1. — Se reconocerá por patrona de esta clase á Santa Lugarda, poniendo su imagen en el sitio de las lecciones, y haciéndosele todos los años una fiesta solemne en su día; la cual será costeadada con los fondos de la clase si los hubiere, ó por suscripción voluntaria, entre las parteras y discípulas.

Artículo 2. Toda la que pretenda ser alumna de la referida escuela debe probar que es mayor de 30 años, y de buenas costumbres, trayendo al efecto una certificación de su cura ó juez pedáneo.

Artículo 3. Habrá dos clases para la enseñanza; una de mujeres blancas, y otra de las de color.

Artículo 4. La enseñanza teórica y práctica durará dos años en cursos de á seis meses cada año. Los días de lección para las blancas serán los miércoles y para las de color los sábados de todas las semanas, ó el anterior si alguno de ellos fuere festivo. La hora de 4½ de la tarde hasta las 6 en tiempo de verano y de 4 á 5 en invierno.

Artículo 5. La obra que servirá de texto para las lecciones será la cartilla de parteras que corre impresa en esta ciudad.

Artículo 6. A la conclusión de cada curso, el catedrático presentará á examen las discípulas que se hallen en estado de sufrirlo; y la que mas sobresaliere en él, tendrá por premio el costo de su examen, que será subrogado por los fondos de la clase ó por los de la Real Sociedad si aquella no los tuviese.

Artículo 7. Toda alumna que se considere con la aptitud y suficiencias nece-

reció por haber fallecido el mencionado Obispo y haberse utilizado la sala de la clase para las enfermas de la epidemia de cólera que en aquel año asoló la población; sin embargo, el Dr. Rosain continuó por algún tiempo dando las lecciones en su casa. (1)

Clase de partos en Puerto Príncipe.—Ya que de estas academias nos ocupamos, justo es consignar aquí, que el ejemplo dado por la Habana fué imitado por la capital del Camagüey, instituyéndose en Junio de 1833, en el Hospital de mujeres de Nuestra Sra. del Carmen, en Puerto Príncipe, una clase del ARTE DE PARTEAR dirigida por el laborioso Ldo. José de la Luz Castellanos, y acogida bajo los auspicios de la Diputación, según hace constar el Sr. Antonio Freire, Secretario de la misma, en su memoria de aquel año.

Creación de la Universidad.—La Real y Pontificia Universidad de la Habana, fundada en el convento de San Juan de Letrán de la Orden de Predicadores, por la Bula de S. S. Inocencio XIII fechada en Roma á 12 de Septiembre (Diciembre según Cowley) de 1721, á la cual concedió el Pase Real S. M. D. Felipe V en 27 de Abril de 1722, se inauguró el 5 de Enero de 1728, y aun cuando por los Estatutos y Constituciones, formulados por su Claustro en 22 de Diciembre de 1732, confirmados por el general D. Dionisio Martínez

sarias para sufrir el examen que debe preceder á su licencia, podrá pedirlo en cualquier tiempo de las lecciones.

Artículo 8. Ninguna podrá ejercitarse en el arte de partear sin que tenga la licencia competente del Real Protomedicato.

Artículo 9. Estas licencias no deberán concederse, sino despues de haber acreditado la suficiencia necesaria en el examen de que se ha hablado.

Artículo 10. Por ahora se concederán licencias provisionales, que durarán el tiempo de un año; á toda la que despues de haberse matriculado, y comenzado á concurrir á las lecciones solicite tenerlas.

Artículo 11. Pasado un mes de abierta la clase, se cobrará una multa de ocho pesos por la primera vez, á toda mujer á quien se le justificare haber asistido sin la competente licencia á un parto en calidad de partera, doble cantidad por la segunda vez que lo repita, y se procederá contra ella en caso de reincidencia además de cobrarle la misma multa. Si no pudiere pagar la multa sufrirá otros tantos dias de arresto en la Casa de Recogidas. Las multas se dividirán por iguales partes entre el denunciante, el ministro cobrador y fondos de la clase.

Artículo 12. Toda discípula que no se portase en la clase con la moderación y respeto debidos, ó que por morosidad ó desaplicación dejase de concurrir á las lecciones, podrá ser despedida por el catedrático.

Artículo 13. Este reglamento podrá sufrir á la conclusión de cada bienio las alteraciones que la experiencia vaya haciendo necesarias.

Artículo 14. Por último, el catedrático dará aviso á la Real Sociedad Patriótica, como fundadora y protectora del establecimiento de todo lo que ocurra digno de su atención.

Dr. Domingo Rosaín.—Habana, 27 de Septiembre de 1827.---Aprobada por este Real Tribunal del Protomedicato.---Dr. Hernández.---Dr. Delgado.---Es copia.---Antonio M^a de la Torre y Cárdenas.

(1) El discurso que en la inauguración de esta clase pronunció el Dr. Rosaín, lo publiqué en la «Revista Médica Cubana», T. 2^o, n^o 3, 1^o Febrero 1903.

de la Vega en 1º de Enero de 1733 en su calidad de Vice-Patrono, y sancionados por el Rey en 27 de Julio de 1734, se enseñaba en ella Gramática, Artes, Teología, Sagrada Escritura, Matemáticas, Filosofía, Derecho, Cánones y Medicina, estaba limitada la enseñanza de esta última á las cátedras de *Anatomía*, *Prima* (Fisiología), *Visperas* (Patología) y *Methodus Medendi* (Terapéutica), cuyas cátedras subsistieron hasta el año de 1842, en que, gobernando la Isla el general D. Gerónimo Valdés propuso éste al gobierno de España la reforma de las mismas, la que fué aprobada por R. O. de 24 de Agosto del propio año, y en cuya virtud se secularizó la enseñanza, se le cambió el nombre á la Universidad, designándola con el de Real y Literaria y se crearon en la Facultad de Medicina nuevas cátedras, entre ellas las de Obstetricia y enfermedades de las mujeres y de los niños, cuyo profesor explicaba además enfermedades sifilíticas, cutáneas, método de visitar y deberes del médico.

Reforma de 1842.—También en el citado Plan de Estudios de 1842 se dispuso la creación de tres clínicas, una médica, otra quirúrgica y una tercera de Obstetricia. Para cumplir en lo posible lo dispuesto en el referido Plan respecto de esta última clínica, el Dr. Guarro llevaba á sus alumnos cuando se presentaba algún caso práctico á la Casa de Maternidad, de donde era médico, lo que duró desde 1842 hasta 1849, en que dicho profesor renunció la cátedra pasando á España, donde falleció.

Asistencia de los alumnos á Paula.—Mas tarde, en 1853, el Claustro acordó que los alumnos del 4º y 5º año asistiesen al Hospital de Paula durante los meses de vacaciones, con objeto de que observasen prácticamente las enfermedades especiales de las mujeres, y oyesen las explicaciones que sobre ellas debía darles nuestro maestro D. Fernando González del Valle, cuyo acuerdo se cumplió hasta 1863, en que por la nueva reforma del Plan de Estudios de ese año se creó la cátedra independiente de Clínica de Obstetricia. (1)

Inauguración de la Clínica.—Sin embargo, aunque creada esta última cátedra en 1863, su enseñanza solo figuraba *in nomine*, pues no se dió prácticamente hasta que en 2 de Diciembre de 1880, siendo Rector de la Universidad el Dr. D. Nicolás J. Gutiérrez, Decano de la Facultad de Medicina el Dr. D. Fernando González del Valle, y Catedrático interino de la asignatura el Dr. D. Pablo Valencia, se

[1] *Memoria acerca del estado de la enseñanza en la Universidad de la Habana desde su fundación hasta Octubre de 1864.* Páginas 43, 44 y 45.

inauguró en ese mismo Hospital de Paula, que más de medio siglo antes había servido de cuna á la primera Escuela de Parteras que tuvimos, la Clínica donde hemos dado los primeros pasos de nuestro aprendizaje obstétrico.

Cátedra de Obstetricia y sus profesores.—La cátedra de Obstetricia era puramente teórica, habiendo sido sus profesores los Dres.: Joaquín Guarro, Isidro Sánchez, Cristóbal Durán, Pablo Valencia, Serapio Arteaga, Miguel Núñez Rossié, Gabriel Casuso, Alberto S. de Bustamante, Jorge Le-Roy, Alvaro Lucía, Pedro de la Cámara, Enrique Fortún y actualmente Eusebio Hernández.

No vamos á describir los métodos de enseñanza de cada uno de estos profesores, pues recientes están todavía sus lecciones, la mayor parte de sus programas (condensación de sus doctrinas) aún corren entre nuestros estudiantes, y, sobre todo, porque los límites de este trabajo no nos lo permite, prometemos hacerlo en la obra que preparamos sobre esta materia; pero sí vamos á ocuparnos ahora con algún detenimiento de la enseñanza de la Clínica, dándole mayor importancia porque en ella es donde reciben su consagración los sacerdotes de la ciencia, porque es también la expresión de las enseñanzas teóricas expuestas por los maestros, y, sobre todo, porque al tratar de ella implícitamente hablamos de la Obstetricia, dejando para otro capítulo lo que se refiere á la Ginecología y á los niños.

Profesores de la Clínica: Horstmann y Zayas.—Cuando por el plan de 1863 se creó la Clínica, se asignó su enseñanza al Dr. Jorge Federico Horstmann y Cantos; pero siendo más conforme con las aficiones de éste la Anatomía, permutó con el Dr. Francisco Zayas y Jiménez, quien, por no haber local donde explicarla, no dió nunca la clase.

Giralt.—En la reforma que en 1880 sufrió otra vez el Plan de Estudios, se encargó la explicación de esta asignatura al Dr. Félix Giralt, (1) el creador de la Clínica Medica, como le llamó el doctor Horstmann; pero sus continuas dolencias y su muerte, ocurrida muy poco tiempo después, el día 24 de Junio de 1881, trajeron nuevamente al Dr. Valencia, que fué quien la inauguró, como antes dijimos.

Descripción de la Clínica.—Hagámos un alto en nuestra narración y describámos el nacimiento de la Clínica.

Entre el costado Sur-Este del Hospital de Paula y el mar,

[1] Tomó posesión el 20 de Enero de 1881.

existía una miserable covacha en muy mal estado, sirviendo de alojamiento á un aduanero que vigilaba el muelle del mismo nombre, y formada por cinco pequeñas piezas y un reducido patio que la separaba del lavadero y depósito de cadáveres del Hospital.

Su nacimiento.—Pues bien, allí, en aquel más que humilde lugar, perteneciente al ramo de Ingenieros por estar enclavado dentro de la zona de guerra, y gracias á los esfuerzos del Dr. Antonio de Gordon y Acosta, Secretario á la sazón de la Facultad, y de los Sres. Decano y Rector, Dres. D. Fernando G. del Valle y D. Nicolás J. Gutiérrez, de acuerdo con el Excmo. Sr. D. Ramón Blanco, Gobernador y Capitán General de la Isla y del Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Ramón Fernández de Piérola, Obispo de la Habana, que cedieron, el primero el local, y el segundo los gastos de manutención, asistencia y entretenimiento, se instaló la Clínica con sólo seis camas para otras tantas mujeres, á las que no se permitía ingresar sino en los últimos tiempos de su gestación.

Constaba el edificio de una pequeña entrada que conducía á una habitación, también pequeña; á la derecha de éstas, estaba la sala de conferencias, reducida, oscura, en la cual no cabían más que dos hileras de bancos de madera adosados á las paredes laterales, y en medio de ellos la tribuna del profesor, de espaldas á la única ventana por donde penetraban el aire y la luz. A continuación de esta sala, había otra, separada de la que hemos descrito, por una puertecita tapiada con una especie de armario, ó mejor dicho, de estante sin fondo, donde se depositaban algunos objetos de la Clínica; en esta sala se ponían cuatro catres para igual número de mujeres. A la izquierda y con vistas al mar por medio de dos ventanas, existía una pequeña salita, que era donde generalmente se efectuaban los partos. En el patio había un tinajón en que se recojía el agua que caía del cielo cuando llovía, ó donde se depositaba la que en cubos se traía del hospital, si las nubes no condensaban su vapor. En el fondo había un techito que cubría el lugar donde se arrojaban las escretas, etc., de los habitantes de la Clínica.

Si á estos rasgos añadimos la presencia de la jorobada Candelaria, isleña sucia, regañona, y con pretensiones de saber, tendremos el cuadro completo de lo que era nuestra Clínica de Partos, y de lo que fué hasta 1888, en que ingresé en ella como Ayudante Facultativo.

Las embarazadas y las comadronas entraban por la puerta del hospital, y los alumnos esperaban en la calle la llegada del profesor, entrando con éste á la clase y no pasando á la sala donde estaban las

preñadas y paridas sino cuando aquel los llevaba, lo que dió lugar á más de una protesta por parte de los estudiantes.

Como se hacían los partos.—Cuando se presentaba un parto, uno de los alumnos, á quien de antemano confiaban sus compañeros este cuidado, avisaba al profesor y éste daba la orden de hacerlo á su vez á los discípulos, y allí nos reuníamos á estudiar la marcha de los fenómenos que se sucedían en aquel pequeño teatro de nuestra educación práctica. Si las cosas ocurrían de día todo marchaba bien, pues se podía ver, á pesar de la agrupación al rededor del catre donde paría la mujer, no solo de los alumnos, sino de muchos médicos, que, no habiendo alcanzado tan siquiera esto en sus épocas escolares, iban ávidos de aprender lo que en aquellas solo teóricamente se le enseñó. Allí estaba Candelaria, con su cazuelita de hojalata llena del aceite que usaba para alumbrar la lámpara de San Ramón, aceite que servía al profesor y á los alumnos para lubricar los dedos con que practicaban el tacto, realizando así su aprendizaje. Pero si las cosas se prolongaban y la noche cubría con su manto de tinieblas la estancia y sus moradores, entonces la luz era proyectada por un reverbero del alumbrado público, que cuando el viento ó las travesuras juveniles no apagaba, servía tan solo para aumentar las sombras de la Clínica. Con velas que comprábamos y colocábamos en botellas vacías sobre los escaparates, y con unas cerillas alumbrábamos la vulva de la parturienta y así veíamos, los que teníamos la fortuna de ocupar los primeros puestos, el trabajo, ó las operaciones que allí se realizaban.

Y no se culpe de esto ni á los maestros que nos enseñaban, ni al hospital que nos suministraba todo lo que allí había; cúlpese á nuestra mala administración, que era la llamada á velar por que no faltase nada de lo que dejamos apuntado. Pero, en fin, mas valía aquello, que las lecciones más ó menos buenas, pero solo teóricas, de una enseñanza eminentemente práctica, y sin la cual es imposible saber comportarse ante una mujer que va á dar á luz.

Material de enseñanza.—Como material de enseñanza, contaba la Clínica, además de las lecciones del profesor, con unos cuadros que representaban algunas de las láminas del atlas de Maygrier; con el de Lenoir, See y Tarnier; con una colección de pelvis artificiales; con algunos forceps de Levret y de Pajot, ballenas, ganchos, etc., y con los dos consabidos molinillos para preparar el polvo del cornezuelo de centeno recién pulverizado, que se administraba á las parturientas antes, durante y después del parto, para activar el

trabajo cuando era lento, para concluir la expulsión y para prevenir las hemorragias.

Dr. Arteaga.—En 2 de Julio de 1881 el Gobernador General de acuerdo con el Rector de la Universidad dispuso que el catedrático auxiliar, Dr. Serapio Arteaga, se encargara por los tres meses que quedaban del curso de la cátedra, vacante por fallecimiento del Dr. Giralt, y en 27 de dicho mes tomó posesión de ella, haciendo constar en la Junta de Profesores celebrada ese mismo día, la necesidad urgente en que se encontraba la Clínica de una caja completa de operaciones. Fue también designado el Dr. Arteaga por la Junta de Profesores celebrada el 26 de Septiembre para explicar en el curso de 1881 á 1882 la expresada cátedra, turnándola después según era costumbre, con el Dr. Valencia, propietario de la de Obstetricia.

Declaradas las vacantes de las cátedras que existían en nuestra Universidad, por R. O. publicada en la «Gaceta de la Habana» del 28 de Febrero de 1882, se convocaron por la misma aspirantes á las oposiciones que para cubrirlas debían de verificarse aquí y en Madrid. La cátedra de que nos ocupamos era una de las que debían ser provistas en esta ciudad y al efecto el Gobierno nombró un tribunal para juzgar los ejercicios de los opositores formado por los señores siguientes: Presidente, el Inspector de Sanidad Militar, D. Pedro Joly; y Vocales, D. Felipe F. Rodríguez y D. Pablo Valencia, catedráticos de la Universidad; D. Claudio André y Serpa, catedrático del Instituto y los Sres. D. Antonio Pardifias y Martínez, don Carlos Montemar y D. Adolfo Landeta, individuos de graduación académica, siendo después nombrado Presidente de este Tribunal el Dr. Dr. Fernando G. del Valle, por haber pasado el Sr. Joly á presidir otra.

Los que se presentaron como candidatos para esta oposición fueron los Dres. D. Serafín Sabucedo, D. Adolfo Reyes Galiano, D. Gabriel Casuso y Roque, D. Bernardo Figueroa y García y don Serapio Arteaga y Quesada.

El Dr. Reyes se retiró antes de comenzar los ejercicios, quedando, por tanto, reducidos á los Dres. Casuso y Figueroa, Arteaga y Sabucedo los candidatos que la suerte unió para realizar las oposiciones. Estas comenzaron el 7 de Agosto y el Tribunal, después de terminadas, elevó al Gobierno la siguiente terna para su aprobación: primer lugar, Dr. D. Serapio Arteaga; segundo, Dr. Don Gabriel Casuso; y tercero, Dr. D. Bernardo Figueroa; reprobando los ejercicios del cuarto opositor.

El 14 de Junio de 1883 tomó posesión el Dr. Arteaga de la cátedra que había ganado en la oposición citada, la que le fué confirmada por la R. O. de 17 de Mayo de 1883, habiendo ya en esa época explicado el curso de 1881 á 1882 de la Clínica y el de 1882 á 1883 de la Obstetricia, turnando después cada año hasta su muerte con el Dr. Valencia.

Veamos ahora su enseñanza.

De figura elegante y simpática, de buen decir, de conocimientos profundos y de habilidad práctica envidiable, aquel hombre que se llamó Serapio Arteaga hubiera sido una de las primeras figuras de nuestro mundo obstétrico, si una muerte repentina (1) acaecida en la vecina república de México, no hubiera cortado aquella existencia tan llena de vida y de esperanzas. Aun nos parece que escuchamos sus lecciones, siempre de notable sabor clínico, salpicadas de anécdotas picantes y en las cuales no se sabía que admirar más, si al maestro, al orador elocuente, ó al hombre á quien la ciencia servía de apoyo para salvar las vidas confiadas á sus cuidados. Pero si de la tribuna pasábamos con él á la cabecera de una parturienta, entonces su figura tomaba proporciones gigantescas, creciéndose ante el peligro, que con mano maestra sabía conjurar, haciendo una aplicación de forceps como nadie, y realizando un prelude de antisepsia cuando aquí todavía no se había hablado de ella. En efecto, en aquel periódico que dirigió el Dr. González Curquejo y que se llamó *La Enciclopedia* pueden aun leerse las lecciones que sobre fiebre puerperal y sobre las inyecciones intra-uterinas de bicloruro de mercurio, pronunció en la Clínica, así como aquella otra en que enseñó el método de Credé, siendo él el primero que lo usó entre nosotros para la extracción de la placenta.

Hombre de grandes recursos, nos parece estarlo viendo en un caso de desviación del orificio uterino, en que, pareciendo que aquel estaba obstruido, colgó á la mujer por los piés, sosteniéndola en esta posición dos de los alumnos más fuertes de la clase, para poder encontrar el orificio del cuello é introducir la mano primero y el embriótomo después á fin de extraer la criatura que ya estaba muerta. Esto es, ni más ni menos, que valerse de la posición de Trendelenburg para salvar á la mujer de una histerectomía, como él mismo nos indicaba antes de operarla.

Tampoco podremos nunca olvidar la lección sobre rotura uterina pronunciada en la Clínica después de asistir en su clientela particular á una pobre víctima de este terrible accidente, y en la que con las lágrimas aun surcando sus pálidas mejillas, nos pintaba con

(1) Murió de una apoplejía cerebral.

los más vivos colores el cuadro que acababa de presenciar, en el que impotente testigo, lamentaba la falta de recursos de la ciencia contemporánea, citando párrafos íntegros del profesor Joulin, uno de los textos de entonces; pero fundamentando esa misma impotencia y dejando traslucir sus opiniones sobre la única salvación en estos casos: la laparotomía y hasta la operación de Porro.

Si aquel profesor hubiera vivido en nuestros días, dueños como somos de las infecciones en virtud de la antisepsia, hubiera sido, no dudamos en repetirlo, el primero de nuestros parteros. Como no estamos escribiendo su biografía, sino simplemente describiendo su enseñanza, no diremos nada acerca de la impetuosidad de su carácter, ni de sus otras condiciones morales, que si bien le crearon algunos enemigos, más bien fueron éstos engendrados por la pasión que por motivos razonables.

Y no sólo en la cátedra hacía oír sus lecciones, sino que en la prensa profesional y en la tribuna científica, también enseñaba; recuérdese si no la célebre discusión sobre eclampsia, que en la Sociedad de Estudios Clínicos sostuvo con el Dr. Casuso, y en la cual, si bien es verdad que más de una vez se apartaron ambos contendientes del terreno científico, también lo es que mucho sirvió para ilustrar los conceptos que de aquella enfermedad se tenían formados nuestros parteros.

Dr. Valencia.—Otro de los profesores que de una manera directa tuvieron intervención en la enseñanza de nuestra Clínica, fué el Dr. Pablo Valencia y García. Venido desde joven de las Islas Canarias, su país, bien pronto sus aficiones lo condujeron al camino de las ciencias médicas. Ayudado y apoyado por el Dr. Manuel Sánchez de Bustamante, emprendió el Dr. Valencia los estudios que un día lo habían de llevar al Decanato de la Facultad de Medicina de nuestra Universidad.

Catedrático auxiliar de Anatomía General desde el 23 de Junio de 1869, en que tomó posesión, fué nombrado á la muerte del Dr. Durán para reemplazarle en la cátedra de Obstetricia, de la que se posesionó el 24 de Abril de 1876, y en la que fué confirmado por la R. O. que en 18 de Junio de 1880, declaró nombrados como catedráticos numerarios en propiedad á los que servían determinadas asignaturas, siendo una de ellas la de Obstetricia. Sin embargo, por acuerdo del Claustro de la Facultad, de fecha 29 de Septiembre de 1880, se le asignó la Clínica de esa misma asignatura, y ya hemos dicho que él fué quien la inauguró tres meses más tarde; siendo el discurso que en aquel solemne acto pronunció, una como profe-

sión de fé de sus doctrinas científicas, aprendidas en nuestra Universidad y adquiridas con las lecturas de libros escritos por profesores de las escuelas inglesa, francesa, alemana y americana, en cuyas fuentes bebía constantemente.

De palabra difícil, hecha más difícil después por un accidente cerebral consecutivo á una infección contraída en el ejercicio profesional, era un buen práctico, que si no podía compararse con el Dr. Arteaga en dicción y erudición, en cambio podía alternar con él á la cabecera de las parturientas.

A él le cupo la gloria de haber inaugurado la Clínica, y de haber creado más tarde de una manera definitiva el puesto de Ayudantes Facultativos ó Jefes de Clínica, como también se les llamó, jóvenes que estaban llamados á servir más tarde de material para el profesorado, y habiendo realizado en 1888 mejoras de tanta trascendencia en la Clínica, como fueron dotarla de agua y de gas de alumbrado, no teniendo, por tanto, que carecer de aquello, de cuya falta nos lamentábamos al trazar la descripción de su edificio.

Aunque predicaba la antisepsia, como para realizarla se necesitaba, además de conocerla á fondo para poder apreciar su poder, practicarla de una manera habitual, es decir, constituyendo en nosotros una verdadera segunda naturaleza; y como cuando se llega á cierta edad, cuesta mucho trabajo romper con los hábitos adquiridos para adoptar otros nuevos, él no podía prescindir de sus primitivos hábitos y no operaba sino como en su época.

Muy dado á la escuela inglesa, prefería la versión al forceps en los casos en que podía elegirse cualquiera de las dos operaciones. También era muy partidario de practicar la episiotomía para evitar las desgarraduras del periné; recordando que dejó de hacerlo á consecuencia de una tremenda hemorragia que se presentó cuando practicándola en cierta ocasión hirió el bulbo de la vagina. Usaba mucho del córnezuelo de centeno, no solo después del alumbramiento, sino después del parto y á veces con el útero conteniendo todavía el producto de la concepción.

De carácter franco y jovial, aunque irascible á veces, amaba á sus discípulos y los trataba como á verdaderos compañeros, haciendo olvidar con las pruebas de un sincero arrepentimiento, debilidades que en un tiempo empañaron su vida, y que la historia se ha encargado ya de juzgar.

La pérdida de su numerosa clientela y reveses de fortuna lo llevaron á no tener en las últimas etapas de su vida más que su sueldo de profesor, muriendo de una afección cerebral el 29 de Noviembre de 1893, cuando desempeñaba la Clínica.

Dr. Nuñez-Rossí.—Otro profesor, muerto también muy joven y también de una lesión aguda del cerebro, (una encefalitis), el Dr. Miguel Núñez Rossié, compartió con los Dres. Valencia y Arteaga la enseñanza de nuestra Clínica.

El 24 de Septiembre de 1882 tomó posesión del cargo de Catedrático Auxiliar interino de nuestra Facultad, encargándosele la explicación de la Patología externa. En 30 de Junio de 1883 tomó posesión de la plaza de Catedrático Auxiliar de planta y en 5 de Noviembre del mismo año, el Claustro de la Facultad le asignó la suplencia del grupo de partos entre los Auxiliares.

En el año académico de 1883 á 1884, según consta del acta de la Junta de Profesores celebrada el 9 de Diciembre de 1884, explicó el Dr. Núñez-Rossíé un curso extraordinario de Ginecología, siendo el primero que de una manera oficial y completamente independiente de la enseñanza de los partos, tal cosa hiciera entre nosotros.

Hombre de profundos conocimientos anatómicos y, sobre todo, anátomo-patológicos é histológicos, sabía dar á sus explicaciones todo el valor que el conocimiento de aquellas ramas le proporcionaba para demostrar el por qué de las lesiones del aparato genital de la mujer. Alto, delgado, de mirada extraviada, siempre vestido de negro, con su sombrero de copa alta, parecía querer revelar en la severidad de su traje, la severidad de los conocimientos que encerraba su cerebro. Pero cuando aquel profesor tomaba en sus manos los lápices que le servían para sus demostraciones gráficas en la pizarra, y empezaba á desenvolver un tema cualquiera, con la seguridad que dá la posesión perfecta de la materia, se transformaba por completo y nos parecía que la hora de lección volaba rápidamente. ¡Cuántas veces, en el antiguo y ruinoso anfiteatro de San Isidro, le hemos ayudado hasta muy entrada la noche en estudios que hacía sobre la pelvis y órganos genitales de la mujer, y entonces no sabíamos qué admirar más, si los conocimientos que nos acababa de desenvolver en la clase ó los del anatómico perfecto que aparecía ante nuestros ojos!.....

Pocos, muy pocos trabajos dejó publicados, pero si por ellos tuviésemos que juzgar á su autor, nos bastaría el que con el título de «Un caso de embarazo prolongado con autopsia del feto» publicó en *La Enciclopedia* el año de 1886 y el de «Notencefalia. Bocio congénito. Presentación de frente. Estudio anátomo-patológico y obstétrico de dos fetos» publicado en la *Revista Enciclopédica* del mismo año. Esos trabajos reimpresos en el extranjero serían suficientes para juzgar del mérito del Dr. Núñez-Rossíé.

La vida de constante estudio que hacía y la consagración con-

tínua á las investigaciones científicas, en un terreno preparado por la herencia á las enfermedades mentales, produjeron lo que era natural que se produjese, y en una ocasión en que ayudaba á nuestro nunca bien llorado maestro el Dr. Pulido Pagés en una operación, presentáronse los primeros síntomas de la enfermedad que muy poco tiempo después había de concluir con su vida, en brazos de su discípulo y amigo el Dr. Weiss, el 29 de Junio de 1887, al fondear el *City of Washington* en la bahía de Nueva York, á donde fué en busca de la salud perdida.

Dr. Casuso.—Ya desde el 18 de Diciembre de 1884 había ingresado en el profesorado en calidad de Catedrático Auxiliar interino el Dr. Gabriel Casuso y Roqué y se le había asignado la suplencia del grupo de Cirugía. En el año académico de 1885 á 1886 explicó este profesor el curso de partos y enfermedades de las mujeres y de los niños, habiendo consumido casi todo el tiempo en la enseñanza de la Ginecología, que explicaba por Thomas. Fueron los exámenes de aquel año de inolvidables recuerdos para los que tuvimos que sufrirlos, y hasta el Rector tuvo necesidad de intervenir en ellos por las diferencias que existían entre el Dr. Casuso y el Dr. Arteaga, pero al fin salimos bien librados gracias á la energía de carácter de nuestro profesor.

Por la muerte del Dr. Arteaga ocupó el Dr. Valencia la Clínica pasando el Dr. Casuso á cubrir la vacante que dejaba aquél en la cátedra de Obstetricia y turnando después con el mismo Dr. Valencia cada año, según la costumbre establecida.

Declarada la vacante de Obstetricia, fué sacada á oposición en la Habana el 4 de Marzo de 1892, presentándose como candidatos los Dres. Gabriel Casuso, Gustavo Moreno de la Torre y Avelino Barrera y Delane; pero habiéndose retirado el último antes de comenzar los ejercicios, quedaron solos los Dres. Casuso y Moreno de la Torre para disputarse la Cátedra.

El Tribunal que juzgó á los opositores lo formaron los doctores Juan Santos Fernández como Presidente; Domingo F. Cubas y Pablo Valencia como Catedráticos de la Universidad y José R. Montalvo, Claudio Delgado y Vicente de la Guardia nombrados por el Gobierno.

No describiremos estas oposiciones por ser aun de fecha muy reciente, pudiendo verse sus detalles en *El Progreso Médico* correspondiente al año de 1892; sólo diremos que el Tribunal acordó proponer al Dr. Casuso para la cátedra y aprobar los ejercicios al Dr. Moreno de la Torre; tomando posesión el Dr. Casuso el día 12

de Julio del mismo año, en cumplimiento de la R. O. fecha 16 de Junio, que confirmó la propuesta del Tribunal.

No vamos á hablar de la enseñanza de este profesor por razones fáciles de comprender; pero sí tenemos que hacer constar, aunque hirámos su modestia, que á él se deben reformas de importancia en la Clínica, como son, entre otras, el haber conseguido el espacio de terreno que existía delante de ella y que hizo fabricar para sala de conferencias y de operaciones, amen de otras de no menor importancia.

Pero el Dr. Casuso tiene para nosotros un título, que es el que más nos obliga á exponerlo al público agradecimiento de las generaciones actuales y venideras, y es el haber logrado implantar y vulgarizar la antisépsia en Cuba. Antes que él emprendiese su enérgica campaña, había quien conociese aquí los principios de este método, pero no se tenía el hábito de practicarlo, y de ahí el que no produjese los resultados que le son inherentes. El Dr. Casuso un día y otro día, desde la cátedra, desde la tribuna de las Sociedades científicas, desde las columnas del periódico y sobre todo en su práctica constante, no ha cesado de predicar con la palabra y, sobre todo, con el ejemplo, las prácticas de la antisépsia, y ha logrado formar verdaderos discípulos, que, instruidos en sus enseñanzas y siguiendo sus consejos, han sabido más tarde colocar el nombre de la Cirugía Cubana en el puesto que le corresponde en el concierto de los demás países.

Si no hubiera hecho más que esto, si á esto sólo se hubiera reducido la obra del Dr. Casuso, sería lo bastante para que repitiéramos siempre con respeto y consideración su nombre, que al ser consignado en estos apuntes históricos, pasará de seguro á la posteridad como ejemplo digno de imitarse. Hoy día el Dr. Casuso ocupa el puesto de Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad.

Suplencia de los auxiliares.—Cuando los sucesos políticos que culminaron en nuestra independencia, llevaron al Dr. Casuso á la cárcel, me encargó el Dr. Horstmann, Decano entonces, de suplirle en la Clínica, por donde han pasado más tarde los Dres. Bustamante, Cámara, Fortún, etc.; pero no es á mí á quien toca juzgar de mis propios actos, ni tampoco de los de mis discípulos, en este período, demasiado reciente aún, para ser tratado con toda la imparcialidad de juicio que la historia requiere.

Alvaro Lucía: médico militar.—Sí consignaremos como nota de execrable recordación, que cuando el capitán general Weyler, despojó á los catedráticos auxiliares, de sus derechos y nombró para

cubrir las cátedras vacantes, á médicos militares, tocóle en suerte ir á explicar la Obstetricia á un Médico Mayor de Sanidad Militar, el Sr. D. Alvaro Lucía, cuyos conocimientos, adquiridos en los cuarteles, tuvimos ocasión de poder apreciar en exámenes de nuestros alumnos, que podían sin dificultad enseñar á aquel pobre profesor á quien el mandato de un superior había colocado en el potro de la enseñanza.

Jefes de Clínica.—Ya que hemos trazado á grandes rasgos la enseñanza de nuestra Clínica de Partos, antes de concluir justo es que dediquemos un recuerdo á los Ayudantes Facultativos, ó Jefes de Clínica como primitivamente se llamaron. Allá por los años de 1881, siendo catedrático el Dr. Arteaga, encontró al entonces Licenciado Juan Bautista Fuentes, á quien el Dr. Giralt había confiado este cargo, y más tarde el mismo Dr. Arteaga nombró al Licenciado Cándido de Hoyos, que fué el primero de nombramiento aprobado por el Claustro, sucediéndole después con el Dr. Valencia, el Dr. Rafael Weiss y en 12 de Octubre de 1888 el Dr. Jorge Le Roy, quien inauguró definitiva y oficialmente este puesto, consiguiendo que viniese reconocido por el Gobierno de Madrid, en la R. O. fecha 28 de Mayo de 1891, pasando más tarde por el mismo los Doctores Bustamante, Casariego, Núñez, Fortún, Ruiloba, etc.

Lo que hacían.—¿Qué hacían los Jefes de Clínica? Eran los ayudantes directos del profesor, los que preparaban el material de enseñanza á los mismos, los que daban clase de repetición á los alumnos y parteras y los que, en fin, con ese aprendizaje se preparaban para ingresar más tarde en el profesorado, contribuyendo á difundir y propagar los conocimientos que adquirían en aquella pobre, pero fructífera escuela de nuestra Clínica.

Enseñanza extra oficial.—Mas no sólo á la influencia oficial se debe la enseñanza de la Obstétrica entre nosotros. Los continuos viajes de nuestros jóvenes médicos, los cambios de ideas y de impresiones nacidas en el extranjero y aportadas por los mismos, las continuas comunicaciones intelectuales con otros países, trajeron consigo la necesidad imperiosa de ensanchar el dominio de nuestras aspiraciones y de nuestros conocimientos, despertando la iniciativa particular y llevándola á la creación de establecimientos de esa índole, que tan buenos resultados producen en otras partes.

Policlínica del Dr. E. López.—Un medico joven, distinguido y sobre todo, práctico, estableció en Febrero de 1891 una Clínica es-

pecial de enfermedades de los ojos en la calle del Consulado esquina á la de Animas. Me refiero al Dr. Enrique López y Veitia. La buena acogida que el cuerpo médico y el público en general le dispensaron fueron causas que le obligaron á trasladarse á un local más ámplio en la calle de la Obrapía y, asociado entonces á otros dos profesores, los Dres. Emilio Martínez y Rafael Weiss, le dieron el nombre de Policlínica, abriendo en la misma este último en el mes de Septiembre de 1892 una consulta especial de partos y enfermedades de las mujeres; consulta que desempeñó por algún tiempo el citado Doctor Weiss y en la que fué sustituido más tarde por el Dr. Antonio Bustillo Lirola.

En dicha consulta, no sólo se atendían las mujeres que podían acudir á su servicio externo, sino que también se practicaban las operaciones que sus afecciones demandaban en el servicio interno. Sus resultados pueden leerse en los boletines que los *Archivos de la Policlínica* publicaban y en los que se daba cuenta de lo que en la misma ocurría.

Escuela práctica de Medicina.—Alentados por el ejemplo de la anterior y conociendo las deficiencias de la enseñanza oficial, otro médico joven también, el Dr. Jose Pereda, creó el 29 de Diciembre de 1893 la «Escuela Práctica de Medicina», donde se enseñaban las mismas materias que en la Universidad, pero obedeciendo á un Plan más práctico y económico. Asociado á un grupo de jóvenes y distinguidos compañeros se inauguró la Escuela en Febrero de 1894, siendo su Director el Dr. José Varela Zequeira y encomendándose la enseñanza de la Ginecología y de los partos al Dr. Eusebio Hernández, recién llegado entonces de París. Los alumnos y las enseñanzas de este profesor se encuentran impresas en el periódico que con el mismo nombre y como órgano oficial de la Escuela, publicó el Dr. Juan B. Fuentes en 1894. La guerra más ó menos encubierta que la enseñanza oficial hacía á la libre y los acontecimientos políticos que en el año siguiente comenzaron á desarrollarse, unidos á otras causas que no debemos aquí tratar, dieron lugar á la muerte de una institución que estaba llamada á prestar grandes servicios á nuestro país, y que quizás en no lejanos días renazca bajo formas parecidas y perfeccionadas.

Clinica Privada del Dr. Weiss.—Desligado el Dr. R. Weiss de la Policlínica, inauguró el 30 de Diciembre de 1894 en su morada (Cuba 113) una Clínica privada para la asistencia de mujeres de parto, que á la vez servía para la educación de sus discípulos. Mon-

tada con todos los requisitos que reclama una ciencia bien comprendida y mejor practicada, nada dejaba que desear aquella modesta clínica de dos camas únicamente, y cuya corta vida también es de lamentar.

Muerte de todas estas instituciones.—Pero tanto ésta como las dos instituciones anteriormente citadas, demuestran el movimiento de avance y las condiciones de progreso de nuestro pequeño mundo científico, y si unas y otras han desaparecido, han dejado, sin embargo, tras de sí una huella que no sólo revela el esfuerzo de los que en las mismas intervinieron, sino que han preparado un número, pequeño en verdad, de hombres que saben cumplir con sus deberes á la cabecera de las mujeres, tanto en la más hermosa de las funciones, cual es la de la perpetuación de la especie, cuanto en los desórdenes que el cumplimiento de esa misma función á veces origina.

* * *

GINECOLOGIA

Enseñanza de la Ginecología.—Si de las nociones aprendidas en la Universidad partieron los conocimientos de nuestros parteros, los conocimientos ginecológicos de nuestros cirujanos, hay que buscarlos en otras fuentes. Mientras que los primeros se adquirían con mayor ó menor perfección en nuestras aulas, los segundos tenían que ser aprendidos fuera de ellas.

Ya hemos indicado en otro lugar que la asignatura enseñada con este objeto hasta hace muy poco tiempo en la Universidad abrazaba el estudio de los partos, de las enfermedades de las mujeres y de las de los niños. ¿Qué trajo consigo esa promiscuidad de enseñanzas? Que por regla general, los profesores encargados de ellas comenzaban sus cursos explicando los partos, y, adelantado aquél, dedicaban muy pocas lecciones á las cuestiones ginecológicas y muchas menos aún á las pediátricas.

Sus comienzos.— Por otra parte, la Ginecología no formaba una verdadera especialidad hasta hace muy poco tiempo, y su estudio se hacía ya en la Patología Médica, ya en la Quirúrgica, sobre todo en esta última. Fué necesario que el genio de Pasteur, ayudado por Lister, abriese nuevos campos á la ciencia, para que la antisépsia hiciera desaparecer el terror que, con justificados motivos, se le tenía al peritoneo, aquel *noli me tangere* de nuestros padres; para que el filo del bisturí, abriendo ancho campo al ojo escrutador y á la mano exploradora, pudiera penetrar en la cavidad abdominal, sin

ser esta la puerta que condujera á la eternidad á la infeliz á quien se le abría.

Fué necesario también que el microscopio, mostrando sobre su platina los gérmenes productores de la mayor parte de las infecciones genitales, nos enseñase la manera de precaverlas, y que el gonococcus escribiese, por decirlo así, su historia desde la uretra masculina hasta el peritoneo femenino, atravesando á través del útero y de las trompas el camino que lo conduce al ovario y á los ligamentos anchos. Fué necesario igualmente, que los estreptococcus y otros gérmenes señalasen en los cultivos practicados de los mismos, el papel importantísimo que en las afecciones ginecológicas juegan con su congénere el de Neisser.

Fué necesario todo esto, repetimos, para que los profesionales abandonasen sus viejas doctrinas y sus tratamientos puramente médicos, entrando por la vía más positiva del tratamiento quirúrgico. Los tumores del útero, de las trompas, de los ovarios y de los órganos que rodean al aparato genital interno, fueron extirpados antes de que llegasen á producir la muerte, á la que de una manera más ó menos cierta conducían á sus portadoras.

Los médicos cubanos, que si bien fueron clasificados como grandes consumidores y como poco productores por un extranjero que hace años nos visitó, (1) no podían por menos que seguir el movimiento de la ciencia, que ese mismo extranjero les reconoció, y el elemento joven, los que no tenían atacar resueltamente los más difíciles problemas, emprendieron la ejecución de las más arriesgadas operaciones, según eran publicadas fuera de aquí, formándose de este modo la experiencia propia.

Primeros operadores.—Los nombres de D. Nicolás J. Gutiérrez, D. Fernando G. del Valle y D. Manuel Sánchez de Bustamante, deben perpetuarse en nuestra cirugía, pues ellos, atacando más ó menos resueltamente con el ecraseur de Chassaignac, con el termo y galvano-cauterio y aun con el mismo bisturí, los tumores pediculados del útero, cuerpos polipósos, quistes del ovario, etc., abrieron la marcha; siendo el Dr. Bustamante quien en 1878 practicó la primera ovariectomía en Cuba, muriendo su operada á los 12 días á consecuencia del tétanos, estando ya cicatrizada la herida. (2)

Primera ovariectomía curada.—Bien pronto los Dres. Francisco Cabrera Saavedra, que realizó la primera ovariectomía seguida de

[1] El Dr. José Grancher, en 1883.

[2] Crónica Médica Quirúrgica de la Habana. T. VIII, pág. 444.

éxito, en Diciembre de 1882; Ignacio Plasencia, Raimundo Menocal, Claudio Delgado, Federico Horstmann y algún otro, siguieron por la vía comenzada, y si sus primeras operaciones tuvieron un resultado final poco halagüeño, no por eso desmayaron en su empresa.

En las operaciones practicadas por estos cirujanos, así como en las del Dr. Casuso en la antigua y ya clausurada Quinta de Garcini, en la de Higiene, (San Antonio) donde el Dr. Delgado hizo construir una buena sala de operaciones, en el Hospital de Paula, en el de Ntra. Sra. de las Mercedes, etc., empezaron á poner en práctica las más difíciles intervenciones; y si nuestras mujeres iban hasta hace muy poco á ser operadas al extranjero, hoy gracias á los adelantos llevados á un feliz éxito en la técnica operatoria, y, sobre todo, á las inmejorables condiciones de las salas de operaciones de las Quintas de Covadonga, del Rey, de Dependientes, Benéfica, etc., no tienen necesidad de ir á buscar fuera lo que en casa les podemos proporcionar; existiendo una falange de jóvenes que, comprendiendo que su misión no es la de simples operadores, sino la de verdaderos cirujanos, realizan las más difíciles intervenciones, sin que por eso se vea comprometida la vida de sus operadas, y cuyas estadísticas, publicadas en nuestra prensa profesional, son las mejores pruebas de los hechos que apuntamos.

La Ginecología como especialidad.—La Ginecología ha entrado de lleno en el dominio de las especialidades, y la creación reciente de salas dedicadas exclusivamente á las enfermedades de las mujeres, en los hospitales «Mercedes» y «Número 1», la fundación de la Clínica Privada del Dr. Casuso en Jesús del Monte, y la del Dr. Fernando Méndez Capote en Cárdenas anteriormente, son buena prueba de ello.

La fecha de estas fundaciones es tan cercana á nosotros, están sus actores tan de lleno en la escena, que no queremos juzgar todavía sus hechos, contentándonos con remitir á los que quieran más detalles por ahora, á las publicaciones de nuestras sociedades científicas y á la de nuestra prensa profesional, pues así como antes sólo publicaban sus éxitos operatorios algunos cirujanos, las duras lecciones propinadas por el Dr. Casuso á esos mercaderes profesionales, han servido para contener un tanto el furor operatorio, y si bien aun existen atrevidos aventureros de la ciencia, que pretenden engañar al público por medio de la prensa política diaria con pomposas descripciones de operaciones por ellos realizadas, el mundo médico y el público sensato no se deja embaucar por los anuncios de esos charlatanes y saben encontrar el mérito donde realmente

existe, separando la buena semilla de la zizaña, sembrada en el campo de la seriedad profesional.

Quizás parezcan duras mis anteriores afirmaciones, más el que no tenga por qué sentirse aludido por ellas, nada tendrá que reprocharme; en cambio, aquellos que se encuentren en las condiciones descritas, tendrán más cuidado con lo que hacen, y comprenderán que, á pesar de sus indignos reclamos, hay quien toma nota de sus actos, y que al juzgarlos con la imparcialidad que demanda la historia, sacará sus nombres á la pública execración enseñándoles que «*en el paraíso del charlatanismo médico de nuestro país*», como decía el Dr. Montané en ocasión parecida á ésta (1) ha apa recido ya la serpiente que ha de hacerlo temible.

* * *

NIÑOS

El Obispo Compostela: la Casa Cuna y la de Maternidad.—Los niños, esa bella encarnación de nuestra especie, seres los más simpáticos por su misma debilidad, no dejaron de llamar la atención de nuestros antepasados y allá en los finales del siglo XVII el inolvidable obispo D. Diego Evelino de Compostela, habiendo sabido que una tierna criatura había sido devorada por los perros en el mismo recinto de la ciudad, dedicó en 1687 una de sus casas para lugar donde fuesen recojidos los expósitos, que la maldad ú otras causas, hacían abandonar. Sin embargo, la muerte le sorprendió antes de poder llevar á cabo tan meritoria obra, y su sucesor en la Mitra, el Sr. D. Gerónimo Valdés, fué quien tuvo la gloria de erigir la Casa-Cuna, cuyas peripecias hasta que se refundió con la de Maternidad en el siglo pasado, describo en la obra que preparo actualmente. En la Casa de Beneficencia y Maternidad, como ahora se llama, encontraban acogida no solo las mujeres que iban á dar á luz, sino los infelices infantes abandonados, y allí esa madre, que sustituye á la criminal que los abandonó, suple su falta y los prepara para la lucha que por la existencia tienen que librar más adelante.

En esa Casa ha tenido también lugar la enseñanza, como en otra parte apuntamos, no sólo de los partos, sino de las dolencias infantiles, desempeñada por los médicos de la misma en distintas épocas.

[1] Contestación al discurso de recepción del Dr. G. Casuso sobre «El progreso de la Ginecología en Cuba».—Deontología Médica; por el Académico Dr. Luis Montané.—Sesión extraordinaria del 8 de Mayo de 1887. *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*. Tomo 23, pág. 661.

Creación de la Cátedra de enfermedades de la infancia.—La creación de la cátedra de «Curso especial de las enfermedades de la infancia con su clínica», data solamente del año de 1887, en que por el Plan de Estudios se dispuso segregar esta asignatura de la de Obstetricia y enfermedades de las mujeres, á la que estaba unida.

Sus profesores: T. Plasencia. Su primer profesor lo fué el Dr. Tomás Plasencia y Lizazo, catedrático auxiliar de la Facultad, quien, á pesar de sus continuas peticiones y protestas, solo pudo explicarla de una manera teórica, pues no había un lugar donde acoger los enfermitos objeto de la práctica.

A. Jover.—Al Dr. Plasencia sucedió el Dr. Antonio Jover y Puig, que al sacar á oposición la cátedra, se opuso á ella con el Dr. Joaquín Dueñas, distinguido paidópata; realizándose estas oposiciones desde el 1º al 10 de Junio de 1891, y cuyos detalles pueden verse en nuestra prensa profesional. El Tribunal designó al Dr. Jover para el desempeño de la cátedra, de la que tomó posesión el 19 de Noviembre del mismo año. Este profesor publicó un libro donde de una manera sintética está condensada su enseñanza y que fué el que sirvió de texto para el aprendizaje de los alumnos.

Auxiliares.—También los Dres. Francisco I. de Vildósola y Jorge Le-Roy explicaron esta asignatura en las distintas ocasiones en que los Dres. Plasencia y Jover no pudieron hacerlo; más lo efectuaron de una manera accidental, por breve tiempo y teóricamente, pues á pesar de los buenos deseos del Dr. Joaquín Laudo, Decano de la Facultad, para construir un hospital destinado á la asistencia de los niños, en terrenos del Vedado, cerca del de Mercedes, cuyo terreno llegó á señalarse con ese objeto, no pudo ver realizado sus buenos propósitos.

Montalvo y Reol.—Cuando se sucedieron las reformas últimas de la Universidad ocupó esta Cátedra el Dr. José Rafael Montalvo, quien la desempeñó hasta su muerte, siendo sustituido reglamentariamente por el Dr. Cecilio Reol y Ferrera que la sirve en la actualidad.

Otras instituciones.—Separándonos ahora del camino que hemos recorrido, debemos antes de concluir hacer mención de otras instituciones dedicadas especialmente al cuidado material y moral de los niños, en nuestra patria, así como de lo que las mismas han significado.

Sociedad de Higiene y Dr. Delfin.—En la Sociedad de Higiene, que existió allá por los años de 1890, el Dr. Manuel Delfin, llamó repetidas veces la atención hácia los buenos resultados que en otros países proporciona la asistencia de los infantes en los Dispensarios, pues sin tener los inconvenientes de la asistencia nosocomial, ni la de la domiciliaria, participa de las ventajas de ambas. Y no sólo allí sino en su periódico *La Higiene*, luchó constantemente por conseguir su ideal. La «Sociedad protectora de los niños de la Isla de Cuba», también trató de llevar á cabo la construcción de un hospital destinado á cuidarlos en sus enfermedades; pero igualmente fracasó en sus empeños.

Dispensario de Matanzas.—Es necesario llegar al 2 de Septiembre de 1894 para ver inaugurar en la ciudad de Matanzas, bajo los auspicios del Cuerpo de Bomberos, y dirigida por aquel apóstol de la niñez desvalida que se llamó Domingo Mádan, el primer Dispensario dedicado al consuelo y alivio de los tiernos enfermitos.

Dispensario de Santa Clara.—Pocos meses después, en 12 de Mayo de 1895, la ciudad de Santa Clara sigue el ejemplo que dió á las demás la de Matanzas, y bajo la protección de la caritativa dama Sra. Marta Abreu de Estévez, ayudada por el Cuerpo Médico-Farmacéutico de la localidad, fundan el segundo Dispensario de la Isla denominado *El Amparo*.

Dispensarios de la Habana.—Fué necesario que los horrores de la reconcentración hicieran perecer de hambre y de miseria millares de víctimas en nuestra misma capital, para que un hombre, siempre de grata recordación por su caridad inagotable y por su apostólico celo en bien de los desgraciados, el Excmo. Sr. Dr. D. Manuel Santander, Obispo de la Habana, emprendiese la obra, tantas veces pedida por el Dr. Delfin y que dos de las ciudades de la Isla tenían ya planteada con magníficos resultados.

1.º de la Habana.—Efectivamente, el 29 de Noviembre de 1896 y en los bajos de su propio palacio episcopal inauguró el Dr. Santander el Dispensario *Nuestra Sra. de la Caridad*, primero que se fundó en la Habana, bajo la presidencia facultativa del Dr. Antonio de Górdon y de Acosta y la dirección del Dr. Manuel Delfin.

2.º de la Habana.—Pero eran tantas las necesidades de aquellos infelices, originada por la reconcentración, bárbara medida de guerra puesta en práctica por Weyler, que no bastaban los auxilios

prestados en ese Dispensario, y en 1º de Enero del siguiente año 1897 se inauguró en casa del Dr. D. Francisco Penichet, en la calzada del Príncipe Alfonso número 304, el segundo de los Dispensarios habaneros, con el nombre de *Nuestra Señora del Pilar*, y á cuya fundación y sostenimiento concurrieron con el Sr. Obispo Santander, el Sr. Francisco Revuelta, párroco del Pilar, y la Sociedad del mismo nombre.

3º de la Habana.—Pero todavía no eran bastantes para socorrer á todas las víctimas de aquella medida los dos dispensarios creados, y en 6 de Junio del mismo año 1897 el Muy Benéfico Cuerpo de Bomberos Municipales, inauguró en su Cuartel *Infanta Eulalia* el tercero de los dispensarios con el nombre de *Nuestra Señora de los Desamparados*.

Lo que hacían.—Nada diremos de lo que hicieron los médicos que en todos ellos prestaron sus servicios; tampoco hablaremos de los consuelos prodigados por nuestro caritativo amigo el obispo Santander, ni presentaremos la cifra de las víctimas arrancadas de las manos de aquel nuevo Herodes que tenía el mando de la Isla; esto nos llevaría muy lejos. No, simplemente llamaremos vuestra atención sobre los hechos apuntados para demostrar que frente al genio del mal que quería barrernos de la superficie de nuestro suelo, hubo siempre hombres que, colocándose muy por encima de la vileza de los sentimientos de aquel General, protegieron á los inocentes, cuyo único delito era ser hijos de una tierra que bien pronto había de sacudir su molesto yugo.

Otras instituciones.—Algunas otras instituciones se han creado después como són: el «Colegio Industrial para niñas cubanas», la «Sociedad Protectora de los Niños y de los Animales», etc., pero no es nuestro objeto hablar ahora de ellas, sino simplemente señalar su existencia, á fin de probar que desde los más remotos tiempos, Cuba ha sabido velar por los intereses de sus hijos, y cuando éstos han perdido á sus padres por exigencias de la Patria, ésta les ha creado un Asilo (1) para ampararlos en su orfandad y hacerles menos dura la existencia.

[1] El de Huérfanos de la Patria.

Discurso de contestación al de recepción,
del Académico doctor Jorge Le-Roy y Cassá.

Por el Dr. Gustavo López y García.

Señor Presidente:

Señores:

Dr. Le-Roy: recibid mi saludo más cordial. Con el trabajo á que acabáis de dar lectura, habéis enseñado bien claramente dos cosas: vuestro interés por la Ciencia y por la especialidad á que os dedicáis y vuestra competencia en esa misma orientación científica de estudios á que os consagrais.

Ni lo uno ni lo otro, cosas nuevas son para los de esta Casa que os conocemos. Esos «*Apuntes para la historia de la Obstetricia en Cuba*», como modestamente tituláis la labor que con tanto gusto hemos oído, resulta un precioso capítulo, capítulo completísimo de la historia de la Obstetricia en esta hermosa tierra, en que hemos tenido el honor de ver la luz primera. Es vuestro trabajo, una verdadera obra, exponente cronológico de hechos, rigurosamente exactos y hasta hoy, desconocidos ú olvidados muchos de ellos; regularmente ordenados además; homogéneamente agrupados y brillantemente interpretados. Acredita una paciente y meritoria pesquisa cuanto exponéis acerca de estos asuntos, en las remotas fechas de los comienzos del pasado siglo; y arrojáis una luz muy viva, que nunca se os agradecerá bastante, acerca de la intervención de muchos de nuestros hombres, médicos y benefactores, que tuvieron participación en obras útiles y que, por lo general, nos eran desconocidos.

Aclaráis la cuna de la primera *Escuela de Parteras*, rectificando errores, que alcanzaron á Cowley, á Bachiller y á los mismos datos oficiales de la Universidad.

Apuntais con tino la intervención, siempre eficaz y valiosa que para toda obra, relacionada con el progreso y la cultura de Cuba.

prestó á los alumnos del antiguo Hospital de San Ambrosio, la Sociedad Patriótica, que es la Económica de hoy, en buen hora fundada por el Gobernador D. Luis de las Casas, en el siglo XVIII. Deudora le es esta Academia á esa tan útil institución, de un calor y un abrigo, que nunca sabrá estimarle bastante, cuando aun no teníamos ni el primitivo y solo salón bajo de este mismo lugar en que estamos, donde radicaba la *comisión liquidadora de las cuentas de la guerra de Santo Domingo*, y que se nos cedió en 1867. La Real Sociedad nos dió la casa Rayo 32, donde primitivamente nos instalamos y donde se reunían los hombres buenos, los excelentes ciudadanos que fundaron esta Academia y que tanto elevaron la cultura médica de la Isla.

Señalais en vuestro trabajo un título más á la estimable veneración, que por otros muchos motivos y de modo tan señalado, prodigamos al fundador insigne de esta Corporación Dr. Nicolás José Gutiérrez, que en su época de Rector de la Universidad *inauguró la enseñanza práctica de los partos* en nuestra Facultad de Medicina.

Por su trabajo, Dr. Le-Roy, sabemos cuánto significan para nuestra estimación, sus esfuerzos y afanes en obsequio del *progreso de la Obstetricia Cubana*, los Dres. Domingo Rosain y Francisco Alonso, comadrón fiscal de parteras, autor el primero de la obra *Exámen y cartilla de parteras* y catedrático del *Real Hospital de San Ambrosio* el segundo. Rosain proyectó la sala para la enseñanza práctica de partos, que se fundó en el *Hospital de Paula* en el año 1828, recibiendo el apoyo de aquel varón bendito y excelente, don José Díez de Espada y Landa.

El histórico y heroico Camagüey siguió el ejemplo de esta ciudad y fundó en el *Hospital de Nuestra Señora del Carmen* en Puerto Príncipe, en 1833, una clase del arte de parrear, encomendada al Dr. Castellanos. Es ésta una cita de honor, que no quiero excusarme de repetir. No podemos seguir, aunque bien lo quisiéramos, al compañero prestigioso en los detalles de su trabajo, en que, paso á paso, se señalan luego los progresos del ramo de estos sus estudios favoritos y las mutaciones oficiales de su enseñanza á través de los variados métodos y planes de organización que se sucedieron en esta Isla. Queremos evitar el hacernos cansados.

Pero nos precisa hacer un alto, siquiera breve, en un punto, en que crece mucho á nuestro modo de ver, el mérito intrínseco del trabajo del academico laborioso á quien contestamos. Refiérome, no ya á aquellas pinceladas descriptivas de saliente realidad al par que de crítica tan discreta como tolerante, sin duda para no lastimar á la cultura cubana en que dá cuenta de aquella *Clínica de*

Partos creada el año 1881, enclavada en zona militar, ausente de espacio, de luz, de agua, hasta de limpieza por supuesto y casi sin camas, donde aquella repugnante jorobada Candelaria, que bien conocimos, oficiaba de Jefe de Cuarto Militar, más que de enfermera. No, quiero solo contraerme, á aquellos párrafos descriptivos en que los matices de un Rafael parecen prestados al Dr. Le-Roy para presentarnos y recordarnos los tonos de valer, las líneas evidentes de acción personal, los raudales de propio esfuerzos, el mérito intelectual, la habilidad, la destreza,—pero todo muy gráfica y rápidamente presentado,—de aquellos primeros maestros que en Cuba tuvimos y tenemos aún, en ese ramo de la Ciencia, correspondiente á la Obstetricia. Porque es muy difícil, Sres., porque es muy poco común, sino imposible, enjuiciar y valorar á un tiempo hechos y personas y acontecimientos científicos, que casi se han desenvuelto y accionado en estos mismos y recientes tiempos. Porque el calor del afecto; la impresión producida en el adolescente; el estado sugestivo que de ello resulta; la conducta no libre de justa crítica; las acciones no siempre nobles; las determinaciones no siempre serenamente meditadas; la influencia personal, en una palabra, de los que al rededor nuestro, se agitan y actúan todavía..... todo esto constituye fuente segura, impedidora de un juicio sensato, justiciero, bien reflexivo. Y el Dr. Le-Roy ha hecho este milagro. Ha estudiado á los maestros, los ha presentado á través de sus propios méritos ó de el mérito de sus labores, uniéndolos ó nó, á su propia estimación personal; y lo ha realizado con una habilidad, con una certidumbre tan elocuente, tan precisa, con una delicadeza tan sutil, que no es posible pueda pasarse desapercibida. Porque claro es que para realizarla, exige una abstracción poco corriente, una fuerza reflexiva muy independiente, un sentimiento de equidad y justicia no habitual, y..... ¿por qué no decirlo? también es preciso una preparación, es decir, una cantidad de competencia no superficial, no posible de adquirirse festinadamente.

Ahí están para probarlo, esas espléndidas líneas acerca del Dr. Núñez Rossié, de nuestro estimado compañero de esta Academia el Dr. Gabriel Casuso, de aquel Médico Militar, impuesto por Weyler en la época de la guerra, Sr. Alvaro Lucía, que para hacer bueno su apellido, sólo *lució* la mayor ilustración que con respecto á él tuvieron sus alumnos.

Esta parte del trabajo del Dr. Le-Roy como la encomendada después á los conocimientos ginecológicos, en que se prodiga serena justicia á los nombres venerados y estimados de Fernando González del Valle, de Manuel Sánchez de Bustamante, de Cabrera Saavedra,

de Raimundo Menocal, de Federico Horstmann, de Claudio Delgado, de Fernando Méndez Capote, &c., cómo también, la que se relaciona con las *enfermedades de la infancia*, cuya cátedra el primero que la dió fué nuestro compañero académico el Dr. Tomás Plasencia, que realizó inauditos esfuerzos para hacerla práctica; que más tarde desempeñó el Dr. Jover, &c. &c., constituyen un brillante servicio que el Dr. Le-Roy, ha realizado en favor de la cultura de Cuba.

Vuestra obra es, aparte de su alto mérito científico imposible de dejar anotado, una obra patriótica también. Por móviles de justicia á secas estoy en el deber de felicitaros. Y por mi modesto conducto os debe llegar también la felicitación que os hace esta Academia conjuntamente con la satisfacción que siente, al recibirlos en su seno.

Sin cantidad de mérito propio, para contestaros y para celebraros cual mereceis, habré de dejar aquí constancia de mi contento, por haberseme hecho el honor de la designación para este acto..... que sin darme cuenta procura también en mi ánimo sentimientos de natural tristeza, de verdadera melancolía, hondamente apreciada en mi interior, que se conmueve y sufre las incitaciones evolutivas necesarias á la representación final estimativa, de que os doy cuenta. Como si tuviera una vez más que evidenciarse, que el *placer* y el *dolor*, ligadas cosas son, ó acompañantes de los más indispensables á cuanto concierne á los actos de la actividad humana, á los hechos de la vida mental. Porque es claro que el hombre no puede ser mero espectador de la naturaleza ó de las cosas que nos rodean; porque precisamente, ese papel de acomodarnos ó nó, á los cambiantes de la vida ó de reaccionar en determinaciones, más ó menos vivas ó salientes, agradables ó desagradables, es lo que constituye la sensibilidad en mayor ó menor prodigalidad repartida en la naturaleza toda y sobradamente descuidada dentro del campo de nuestra preparación ó de nuestra educación.

Con estas manifestaciones, bien habreis de conocer, que me refiero á seres que os han sido muy amados. Dispensadme el doloroso recuerdo, pero apenas colocado en este lugar, hube de echar de ménos á aquel varón austero, á aquel ciudadano tan modesto como ilustrado, á aquel médico competente y caritativo á manos llenas, que se llamó D. Luis Le-Roy y Rouvier, vuestro padre, de quien heredásteis condiciones intelectuales que sabemos bien apreciar y virtudes y amor á la ciencia y al trabajo que tanto os enaltecen y dignifican.

Cuán vivamente agitado, por emoción intensa de placer, con-

templando el justo encumbramiento que hoy se os hace, hubiérase contemplado á aquel padre meritísimo!

No podré olvidar con facilidad á este respetable amigo, que me honró con un afecto y una consideración á que nunca me creí merecedor. En mis brazos espiró, dejándoos muy niño aún: en los primeros años de vuestros estudios de Bachillerato.

También falta á nuestro lado, para con nosotros sentir palpitaciones intensas de natural satisfacción, vuestro hermano Alberto, que siguió bien pronto á su padre, sucumbiendo en Mayo de 1881.

Aquel mi compañero de estudios, mi amigo íntimo, con quien compartía los pesares, las alegrías y las fatigas de estudiante, aquel jóven generoso y dulce, inteligente y luchador animoso..... también nos falta en esta hora!

Os he visto, Dr. Le-Roy, llegar á hombre, creciendo ante mis ojos! Más de una vez os he animado con mis pobres consejos; no os ha faltado mi calor para vuestras naturales inclinaciones; y he robustecido amenudo vuestros afanes profesionales. Tal vez, por esto, pudiera en cierto modo, enorgullecerme al veros hoy con el mérito propio que teneis; y sentir con derecho íntima satisfacción pensando que he podido contribuir á lo que sois, á lo que valeis.

Por ello puedo vaticinaros, que triunfaréis en esta vida; que ya sois un triunfador en esta Sociedad y que el éxito os acompañará en vuestros empeños científicos, como os ha acompañado ya, en la jefatura de la Clínica de Partos, en las cátedras de la Universidad, aún en la difícil de Medicina Legal, que desempeñastéis á tenor del soberbio modelo que dejara el que fué nuestro querido y elocuentísimo maestro Dr. Pulido Pagés.

Estais preparado para el triunfo: habeis hecho, al par que vuestro cultivo intelectual, el cuidadoso cultivo y trabajo educativo de vuestros sentimientos. Habeis huido del exclusivismo de la escuela intelectualista, tan pregonada por Herbert; apartandoos un tanto de Kant, y eludiendo caer en los pesimismos del profundo Schopenhauer, etc., etc., para preocuparos, muy juiciosamente, de la armonía entre los progresos de la instrucción pura y los perfeccionamientos de la moral. No se os ha ocultado que la *instrucción que no lleva á una educación es más peligrosa que útil para el orden social* (1) y que *los pueblos no han ganado mucho nunca con querer razonar demasiado y pensar demasiado.* (2)

(1) León Bourgeois.

(2) Le-Bon.

Bien convencido estais de que es un error entender que la inteligencia basta para explicar los éxitos de los individuos y de los pueblos; porque sabeis que los éxitos se deben ante todo al carácter; y que uno de los elementos esenciales de éste, es la *manera de sentir*.

Por eso venís aquí bien armado y ofreceis un sumando de acción de potencial incuestionable. Por ello os predigo el éxito. Vuestra inteligencia os guiará, os hará ver claros los senderos; pero unidos á esos atributos morales, á esa moral verdaderamente humana que poseeis, podreis escojitar bien y asegurareis la victoria en esa lucha que es necesario entablar y que es la condición primera de nuestra vida.

No haya cuidado, Dr. Le-Roy, que días de triunfos profesionales os aguardan. No haya cuidado, que no perteneceis al grupo de los *trepadores improvisados*; al de esos entes, que suben por tortuosos senderos, y que, á lo más, por accidentes sociales escalan una altura. Nó. Que aquellos, no bien preparados; que aquellos, cuya simiente moral es deleznable, al trepar á un puesto alto, solo saben desde allí enseñar mejor sus miserias. Y la caída les resulta corrientemente tan estrepitosa como concluyente.

El triunfo permanente, no es sino de los buenos Dr. Le-Roy!

Recibid mis parabienes. Recibid el abrazo cariñoso que os envía esta Corporación, que tantas esperanzas fundadas tiene en vuestro saber y en vuestras virtudes.
